

¿HERESIARCA O PRECURSOR?

MARTIN LUTERO

Eduardo J. Ortiz

El 10 de noviembre de 1483, hace cinco siglos, nació Martín Lutero en Eisenach, una aldea de Sajonia, en la actual Alemania. El tiempo y la distancia han contribuido a objetivar una figura de la que por mucho tiempo no se ha podido, o no se ha querido, hablar más que con apasionamiento apologético o condenatorio.

El objeto de este artículo es recordar algunos rasgos de este personaje que, equivocado o no, seguirá siendo uno de los cristianos más significativos e influyentes de toda la historia.

FRAILE EJEMPLAR

Lo primero que habría que enfatizar es que Lutero fue un reformador. No pretendió destruir a la Iglesia sino renovarla. Tampoco pretendió en un principio separarse de Roma sino convertirla. Aunque sufrió la suerte trágica de todo pionero. Quizás de haber dicho lo mismo unos años más tarde el santoral católico lo incluiría hoy como a uno de sus reformadores más eximios. O quizás fue necesaria su sacudida para que otros fueran por fin escuchados. En todo caso puso por fin a la Iglesia a pensar en lo que era su razón de ser: el Evangelio.

En 1505, a los veintidós años, ingresó en la Orden de los Eremitas Agustinos, porque consideró que de los cinco monasterios que entonces existían en Erfurt, ciudad donde había cursado sus estudios universitarios, éste era el más floreciente en ciencia y virtud.

Sea cual fuere el motivo de su vocación (algunos la atribuyen al cumplimiento forzado de una promesa inconsiderada en un momento de terror) fue un fraile ejemplar.

Fue ordenado sacerdote a los veinticuatro años (entonces, además de no existir Seminarios, las Universidades tenían mucho de lo que más tarde se iba a estudiar en ellos). Un año más tarde fue encargado de la cátedra de Filosofía Moral en Wittenberg, y se le siguió preparando para los oficios de Predicador y Doctor en Teología, sobre los que se depositaba una gran confianza y responsabilidad.

Cuando surgieron algunos problemas administrativos de importancia con el Superior General de la Orden, residiendo en Roma, Lutero fue uno de los dos negociadores enviados por los conventos de la Región. A su regreso fue

nombrado Superior, y poco más tarde Vicario de Distrito con responsabilidad sobre once conventos.

Si algo extraño se le podía notar a Lutero en esos años era su meticulosidad en el cumplimiento del deber, que a veces lo llevaba a verdaderas crisis de escrúpulos. Como recordaría él mismo años más tarde: "A pesar de que mi vida monacal era irreprochable me sentía pecador ante Dios, con la conciencia muy turbada... Me encontraba tan triste y acongojado que llegué a pensar que Dios me había retirado su gracia. Una vez mi confesor me dijo 'Eres un necio; Dios no está enfadado contigo, sino tú con Él'. Palabras preciosas, grandes, estupendas, que pronunció iluminado por el Evangelio".

Es comprensible que se sintiera también profundamente herido por la decadencia de la Iglesia, manifiesta sobre todo en sus dirigentes. El hecho era indiscutible. Por aquellos años un futuro Papa lamentaría el que las diócesis se vieran llenas "de una tal especie de sacerdotes, curas y frailes, cuya incapacidad, ignorancia, ineptitud y estupidez no se pueden contar ni soportar". Poco después una comisión convocada por el Sumo Pontífice acusaría al Papado de ser la raíz de donde habían nacido todos los demás abusos, y el desprestigio de la Iglesia. Los mejores cristianos pensaban qué podían hacer para cambiar la situación.

REFORMADOR

Quizás la novedad mayor en los primeros años de Lutero como profesor consistió en el uso que hacía de la Biblia. Un uso de primera mano ya que aprendió griego y hebreo para acceder directamente al texto original.

En esto Lutero era un auténtico intelectual renacentista. Estaba conven-

cido de que la mejor manera de remontar la decadencia religiosa consistía en redescubrir las fuentes y reencontrar los tipos ideales de interpretación, vivencia y organización del cristianismo primitivo. En el necesario discernimiento que exigían los nuevos tiempos, la Biblia sería el criterio supremo para separar lo espúreo de lo auténtico.

La tarea era sumamente innovadora y no carente de peligros. En aquel entonces tener entre las manos una Biblia era privilegio de muy pocos. Y eran muy escasas las traducciones a lenguas vivas. El hecho de que las sectas heréticas acudieran constantemente a las Escrituras para defender su posición hacía ya sospechoso su uso. Y aunque resulte difícil creerlo, se dice que el profesor más antiguo de Wittenberg, Carlstadt, admitía que él era doctor en teología y nunca había visto una Biblia.

Ciertamente los textos de teología del momento mantenían su coherencia aunque desapareciera de ellos toda referencia bíblica. Eran colecciones de "Sentencias" donde se recogían opiniones de diversos autores de renombre, o "Sumas" donde se formulaban tesis progresivas que se probaban por silogismos y se reforzaban con argumentos de autoridad, sacados principalmente de los Concilios.

Los textos bíblicos, si existían, eran simples aditamentos para confirmar lo ya probado. La estudiada selección de los mismos no hacía además justicia ni al contexto en que se habían formulado, ni menos aún a la diversidad de teologías dentro de la Biblia.

Lutero, en cambio, se dedicó a comentar en sus clases los textos bíblicos dejándose sorprender por ellos. Y esto comenzó a transformar su mente y la de sus oyentes. Ya que es un hecho que cuando amplios sectores de la Iglesia se han interesado por conocer la Biblia y por adentrarse desde ella en la teología, ha resultado mucho más difícil la manipulación. La tensión se ha trasladado entonces desde la sumisión o insubmisión a la autoridad hacia la fidelidad o infidelidad al evangelio.

Trató Lutero por otra parte de tender un puente entre las inquietudes

de los autores bíblicos y sus propias inquietudes, que en gran parte eran las de su época.

Una de esas preocupaciones, que luego se iba a convertir en pivote de la teología luterana, consistía en el problema de la justificación.

Por entonces renacía pujante el tema de la individualidad. El hombre moderno cobraba nueva conciencia de su capacidad para el bien y para el mal y buscaba asideros en el vértigo de esos nuevos horizontes. Fue quizás éste el punto donde se dividieron más profundamente los pensadores renacentistas. Mientras una corriente miraba con sospecha la dimensión religiosa como limitante de un auténtico humanismo, otros encontraban en ella su único soporte consistente.

Quizás en la decisión de Lutero jugó un papel importante su propia personalidad. Cuanto más una persona se exige a sí misma más descontenta queda con su propia actuación. Quien se empeña en erradicar por completo los propios defectos más mortificado queda por su persistencia. Se experimenta entonces que la perfección (la santidad) no es cuestión de voluntad ni resultado de las propias acciones.

Es por ahí por donde Lutero va llegando a una convicción que para su temperamento resultará liberadora. Dios nos acepta gratuitamente, como somos, si nos acercamos a El con confianza. No nos exige estar totalmente impolutos para abrazarnos. Con esto la relación con Dios, al que se percibe como fundamento último del propio ser, se hace repentinamente consoladora. Ya no se trata de un forcejeo de haberes y deberes en el que uno siempre queda con una enorme deuda. No es la relación de un siervo con su señor sino la de un hijo con su padre. Esta experiencia interna será formulada por los controversistas como "justificación sólo por la fe". Sacada de su contexto existencial es un juego de palabras. Colocada en su puesto puede ser una experiencia mística.

Hoy, por supuesto, los planteamientos de esa época, en los que la relación con Dios se ve como algo básicamente bilateral; nos parecen insuficientes. Falta una dimensión histórica que obligue a replantear muchos de los presupuestos, razonamientos y conclusiones de la doctrina tradicional sobre la justificación. Y éste sigue siendo el límite más evidente de muchas teologías evangélicas apegadas a la letra de la primera teología protestante. Pero ése era

un momento del proceso que había que dejar bien sentado antes de seguir adelante. Ya que no puede haber una auténtica solidaridad sin una plena individualidad.

En un segundo momento Lutero quiso aplicar su convicción fundamental a la reforma de la Iglesia. El tiempo lo exigía, ya que florecía por entonces el mercado de indulgencias. Un mercado que para una persona sensible no podía menos de resultar repulsivo. Con descripciones cínicamente aterradoras se doblegaba a la gente sencilla para que se despojara de sus pequeños ahorros a fin de librar a los suyos de las "espantosas penas del purgatorio". Lutero y otros cristianos pensaban que semejante proceder era ante todo una ofensa a Dios. Se pretendía convertirlo en despiadado señor feudal que desaloja, tortura y asesina a quienes no pagan a tiempo sus tributos. Pero además era una desvergüenza, ya que las abundantes limosnas no iban a parar precisamente a las manos de Dios.

Hoy nadie negará que entre todos los que se beneficiaban de esa compraventa Roma ocupaba un lugar preponderante. En ese momento los Estados Pontificios se encontraban desesperadamente necesitados de liquidez, ya que tanto el plan fantástico de construcciones en el que se habían embarcado (entre otras la monumental Basílica de San Pedro) como los preparativos de guerra (guerra contra el Turco y apoyos dosificados a los poderes que se disputaban el control de Europa) exigían enormes dispendios. Por escandaloso que pueda sonar, los Estados Pontificios tenían fuertes tentaciones de acudir en emergencia a las Bulas de Indulgencias, lo mismo que un Estado moderno en apuros puede echar mano de los Bonos de la Deuda Pública. Tentación a la que difícilmente resistían los entonces Pontífices, elegidos por lo general en una pugna de presiones y sobornos entre las cortes europeas y las familias nobles más poderosas.

Y fue aquí donde comenzó una discusión que rápidamente se fue agrian-





Quemando la bula pontificia

do hasta pervertirse en una serie irrevocable de proclamas públicas, condenaciones, gestos teatrales y reuniones fallidas. Es difícil definir cuál fue el momento en que se cruzó el punto crítico, pero pronto se llegó a una situación tan deteriorada que ya no tenía marcha atrás.

¿Por qué? Resulta difícil atribuirlo a la simple voluntad de reforma, que por entonces, como ya hemos dicho, era un clamor general.

Sin intentar agotar el análisis podríamos percibir en la violencia de este desenlace causas personales, culturales y económico-políticas.

Personales porque Lutero, por una parte, fue más de una vez innecesariamente cáustico y mordaz. Algunas expresiones verbales y pictóricas contra la Iglesia de Roma, cuando ya el cisma estaba decidido, ofrecen más material de estudio a un freudiano que a un crítico de arte o a un teólogo. Roma, por otra parte, no estaba en buenas manos. Las críticas fundadas en el evangelio tenían allí mínima audiencia; y ningún reformador de aquellos tiempos, incluyendo a los que hoy están canonizados, tuvo una vida fácil en aquel entorno.

Culturales porque las concepciones religiosas de Lutero encontraban una amplia audiencia entre los ilustrados de la época, que buscaban un espacio, a su juicio inexistente dentro del catolicismo, donde mantener sin conflicto sus nuevas ideas y su antigua fe. Jugó

también aquí un papel decisivo el despertar por aquel tiempo de la conciencia germánica. Los pueblos considerados hasta entonces en Europa como advenedizos, incultos y de algún modo usurpadores ("la invasión de los bárbaros") comienzan a cobrar conciencia de su superioridad. ¿Es que sólo es posible "renacer" desde la cultura clásica Romana? ¿No ha llegado el momento de redescubrir y afirmar la propia identidad? Estos sentimientos ayudarán a buscar también un modo propio de entender la religión. Cristianismo, sí; pero germano (o, dirá más tarde el anglicano, sajón).

Económico-políticas porque, en último término, el luteranismo pervivió gracias al apoyo militar externo. Muchos otros disidentes religiosos antes de Lutero habían terminado en la hoguera o en el campo de batalla. El habría sido también una víctima más de la intolerancia si, frente al Papa y al mismo Emperador, no hubiera tenido primero el apoyo del Príncipe Elector de Sajonia y luego el de los nobles reunidos en la Liga de Schmalkalda. Y había razones suficientes de tipo no precisamente religioso para brindar ese apoyo: expropiación de las pingües propiedades de la Iglesia; saneamiento de la balanza de pagos al cortar el considerable flujo de limosnas que salía hacia Roma; lucha por la hegemonía entre los países del norte y del sur para controlar la nueva riqueza; derrota de una religión que se obstinaba en seguir condenando el comercio y el préstamo a

interés, indispensables en la nueva situación (aunque en esto otros reformadores, como Calvino, fueron más útiles que el tradicional Lutero). Es significativo que por los mismos años surgiera toda una cadena de reformadores en las zonas hasta entonces deprimidas, pero desde entonces dominantes, del norte de Europa.

Pero este apoyo pasaría más tarde la cuenta. Y es éste uno de los 'pecados originales' del protestantismo. Más que sacudirse toda tutela cambió la de Roma por la de los gobernantes de su propio país, con frecuencia menos escrupulosos y más exigentes. Y así la libertad siguió mediatizada.

Lutero, por su parte, devolvió con creces el apoyo recibido. Sus llamadas a la aniquilación de los levantamientos campesinos son todavía hoy de lo más reaccionario que se ha escrito en toda la historia de la humanidad. ("No me opongo a que la autoridad golpee y castigue a estos campesinos, incluso sin previo ofrecimiento de justicia y equidad, aunque esa autoridad sea hostil al evangelio, ya que está en su derecho. Es la hora de la espada y de la cólera y no la hora de la gracia. Que quien pueda pinche, raje, golpee y estrangule. Y suplico que quien pueda hacerlo huya de los campesinos como del mismo demonio"). En este sentido Thomas Müntzer, primero amigo de Lutero y luego caído en las guerras campesinas, es más recordado por quienes hoy luchan en favor de la justicia.

Pero sea lo que sea de las causas que favorecieron el éxito de la rebeldía religiosa de Lutero, los hechos se sucedieron con extraordinaria rapidez. Ningún partido llegó a vencer ni convencer al adversario, y se consumó el gran cisma de occidente.

Pasarían cuatro siglos antes de que una y otra parte pudiera recapacitar y leer los mismos hechos desde una perspectiva más ecuménica. A nivel oficial católico esta nueva tendencia tuvo su culminación en el Vaticano II.

PRECURSOR

La reivindicación, que de Lutero hizo el último Concilio fue más que todo implícita. No se levantó, por ejemplo, la excomunión que pesaba sobre él, como sí se hizo con los líderes del más antiguo y menos traumático cisma de oriente. Tampoco se derrumbaron, a pesar de las buenas palabras, las barreras jurídicas y teológicas que por tanto tiempo se habían levantado entre pro-

testantes y católicos. El acercamiento fue, aunque más indirecto, más a fondo. Consistió en admitir intuiciones y resaltar aspectos dentro del catolicismo que cuatro siglos antes había desarrollado Martín Lutero.

Si queremos resumirlo en pocas palabras diremos que la Iglesia católica se aventuró a dar el salto a la modernidad y a la libertad adulta, con secuelas inevitablemente desestabilizadoras pero a la larga creadoras de una nueva consistencia más rica y duradera.

Quizás las primeras manifestaciones de esta nueva actitud, las que realmente se hicieron presentes en el Concilio, fueron ingenuas y aparentemente intrascendentes. Los tradicionalistas, con su oposición a esas pequeñas reformas, vieron más lejos. Captaron que esa tímida apertura iba a transformar a la Iglesia.

Se comenzó por la reforma litúrgica, el primer documento oficial del Concilio, y todavía hoy símbolo de quienes se oponen a él (Misa en latín). Un párrafo insignificante que recomienda que "se dé mayor cabida al uso de la lengua vulgar", punto crucial de la reforma de Lutero, rompió en pocos meses barreras seculares. Se reformó además la estructura de las diversas celebraciones, dando una importancia especial a la liturgia de la palabra. Se reorganizó el leccionario de manera que se cubrieran sistemáticamente casi todos los escritos bíblicos. Se replanteó en fin el papel de la catequesis, la predicación y la enseñanza, de forma que en todas ellas la Biblia pasara a ocupar el primer lugar.

Con esto, además de crearse una nueva atmósfera de cambio (lo perenne se había desmoronado) se lograron dos efectos complementarios que iban a resultar de largo alcance. Por una parte en la celebración litúrgica —y desde ahí en muchos otros campos— cambió la actitud de los asistentes: comprensión frente a aceptación ciega, participación frente a pasividad, adaptación local frente a uniformidad, cuestionamiento de las discriminaciones eclesiales y sociales, revalorización de lo comunitario, replanteamiento del significado de lo cultural.

Por otro lado, siguiendo una vez más a Lutero, se comenzó a leer la Biblia con nuevos ojos. La Constitución sobre la Divina Revelación sería significativamente el primer documento presentado a la Asamblea, y el primero rechazado en bloque por su sabor directamente antiprottestante y estrechamente

tridentino. Extramuros del aula conciliar, el Lateranense perdería también por esos días frente a la Gregoriana su lucha en contra de los nuevos métodos de interpretación bíblica. Se daría así el espaldarazo a una libertad de investigación que a la larga iba a demoler un sinnúmero de esquemas organizativos y doctrinales carentes de apoyo objetivo.

Pero una vez más sería el fomento masivo de la lectura de la Biblia lo que impediría que las nuevas intuiciones quedaran reducidas a una serie de disputas entre élites. El contacto directo con los fundamentos de la propia fe ha supuesto la invasión arrolladora y refrescante de perspectivas hasta entonces no soñadas y ha dado una nueva seguridad a los replanteamientos surgidos desde las bases...

Lutero, en su tiempo, se vio sorprendido por las transformaciones que él mismo desencadenó, y no siempre supo salir airoso de los retos que su primera intuición estaba planteando. Más de una vez se enredó en discusiones con sus pretendidos seguidores, y en algunos casos intentó dar marcha atrás. También en esto, ironías de la historia, lo ha seguido la Iglesia católica.

Pero el camino había que recorrerlo. Se trata de buscar una nueva síntesis entre dos dimensiones que hasta hoy no han encontrado su complementación.

La Iglesia medieval, por una parte, resaltó en un modelo históricamente inigualado los aspectos positivos de la unidad religiosa. En el s. XVI la parte católica intentó constituirse en su heredera. A distancia lamentaríamos que ese modelo lograra la unidad al costo de vaciar las individualidades en una obediencia ciega a normas y dictámenes externos a la persona.

En un mundo renacentista y moderno que (re)descubre progresivamente la dignidad inalienable de la persona (bien es verdad que sólo de "una clase" de persona: el burgués), los reformadores protestantes recuperan al individuo como centro también de las relaciones religiosas: relaciones con Dios (conciencia individual como norma suprema), con la comunidad cristiana (sacerdocio común de todos los fieles) y con la sociedad civil (búsqueda de separación entre Iglesia y Estado). También esta concepción puede ser criticada a distancia por algunos de sus resultados: disgregación, afán protagónico, fanatismo, pasividad-convivencia frente al poder.

Falta lograr el modelo que asuma



Portada del "Nuevo Testamento" de Lutero

y supere los mejores elementos de uno y otro campo. Porque ya es tiempo de haber superado la concepción según la cual en los desgarramientos internos de los cristianos una parte tenía toda la razón y la otra estaba totalmente equivocada. La búsqueda de la verdad tendrá que pasar ineludiblemente por una reconciliación católica con Martín Lutero.

NOTA BIBLIOGRAFICA

Quien esté interesado en conocer más sobre la vida de Lutero podría leer la breve y enjundiosa, aunque un poco apologética, biografía del protestante James ATKINSON ("Lutero y el nacimiento del Protestantismo", Alianza, 1968). Más completa, también más árida y mucho más desde fuera, es decir desde Roma, es la obra en dos volúmenes de Ricardo GARCIA-VILLOSLADA ("Martín Lutero", BAC, 1973).

Respecto a sus obras la selección castellana más completa son los siete volúmenes editados por La Aurora, Buenos Aires. Aunque para un primer encuentro con el autor puede resultar suficiente, y hasta más útil, la excelente selección de Teófanos EJIDO publicada en un sólo volumen por Sígueme.

El CENTRO GUMILLA ha publicado un folleto donde se trata con más detenimiento que en este artículo del nacimiento del protestantismo, sus principios fundamentales, su desarrollo histórico, sus valores y límites y las características de un verdadero ecumenismo (Cristianismo Hoy, No. 7).